

lida del gran desierto; pero allí, las partes constituyas de estos montecillos eran mas arenosas, y por consiguiente, mas difícil la agregacion.

En la mañana del segundo día de marcha, en el momento de ponernos en camino, vi al guia indígena dudar acerca del punto por donde debia hacernos penetrar en el bosque; probablemente reflexionaba sobre la eleccion del sendero que era preciso tomar á fin de encontrar el menor número posible de dificultades, tratándose de una caravana del género de la nuestra; así podia calcular el camino que nos haria pasar menos al alcance de las chozas de sus compatriotas. Como quiera que sea, el coronel Yusuf, al ver esta vacilacion, interrogó al guia, quien le contestó con cierto embarazo; en el acto, el coronel le hizo una seña para que se tendiese en el suelo; pero el guia se sintió mas desconcertado ante esta orden que ante su camino. No fue menester mas: al punto, á una nueva seña de Yusuf, dos soldados pusieron al desgraciado guia de rodillas, luego le hicieron encorvarse violentamente, y el coronel, plantando un pie sobre su nuca, le hizo apoyar la cara en tierra; y manteniéndole en esta cruel posicion, mandó se le diese una tremenda paliza, sin levantar mano. Cuando el desgraciado sintió que la planta del coronel le dejaba libre la nuca, se levantó, y se encaminó completamente aturdido, á una de las direcciones que le habian hecho titubear. ¿Era la mejor?

No es posible formar exacta idea de las molestias de un viaje á lomo de camello, en esos bosques espinosos. A pesar de todas las precauciones posibles, no se sale de ellos sino con los vestidos hechos girones, y la piel llena de rasguños. No obstante, el camino que seguíamos era la gran vía de comunicacion entre las provincias de Fa-Zoglo y el Sennar, la que abastecía los establecimientos auríferos de la Nigricia, etc.; y sin embargo, este camino magistral no es sino un sendero tortuoso, que se desvia á cada árbol y á cada matorral; nunca la mano del hombre ha hecho en él aplicacion de la podadera ó del azadon para hacerlo mas practicable. Las caravanas y las expediciones militares del gobierno pierden cada semana mas tiempo del que seria preciso emplear una vez para siempre para hacer transitables los pasos mas difíciles. Con gran frecuencia se encuentran torrentes en seco, de cauce muy profundo, y cuyas orillas cortadas casi á pico, oponen grandes dificultades al paso de los camellos, siendo preciso buscar las quebradas y los lugares en que la vegetacion no obstruye demasiado el paso para bajar al lecho de estos torrentes y volver á salir, para lo cual hombres y animales se prestan recíprocos auxilios, empujándose ó tirándose mutuamente por medio de cuerdas.

En estas regiones no es el ardor del sol lo que determina la primavera; el astro pasa y vuelve á pasar

por el zenit, sin producir por sí mismo influencias sensibles sobre el reino vegetal, á no ser las sequías. Pero durante su marcha hácia el Norte, se presenta nebuloso el cielo y vienen las lluvias estivales, que humedeciendo el suelo, ponen la savia en movimiento, y traen la primavera. La época en que nos hallábamos correspondia al invierno, ó por mejor decir, á estacion muerta y seca, porque el calor era escesoivo, y el cielo no tenia nubes, aun cuando hubiesen de venir mas adelante. Los árboles, en su mayor parte, estaban desnudos de hojas; no obstante, la vida vegetal nunca se suspende por completo en estas latitudes; algunas clases de árboles tenian un follaje muy verde, aunque menudo, al paso que otros estaban en flor.

El árbol mas notable de estas regiones es el baobab, que por su tamaño comparativo es el elefante del reino vegetal. Este árbol monstruoso se llama en el país *gongolés*, y es particularmente notable por sus prodigiosas dimensiones; su tronco llega á adquirir un enorme desarrollo, y he medido algunos que tienen de 10 á 12 brazas de perímetro (26 metros); y en el Africa occidental, Adanson ha medido algunos que evalúa en cerca de 36 metros de circunferencia. Este grosor es tal, que la cavidad que encierra un tronco de tal naturaleza, cuyas paredes no tienen por lo regular sino 15 centímetros de espesor, presenta un espacio cúbico mayor que el de la mayor parte de los salones actuales de París. Calculando por analogía el número de capas leñosas que han formado tan descomunales troncos, se llega á atribuirles la prodigiosa edad de 5 á 6,000 años.

El tronco suele presentar formas piramidales. Las ramas, muy gruesas en su nacimiento, se inclinan mucho; pero se adelgazan muy perceptiblemente, encorvándose en una direccion mas vertical, lo que les da el aspecto de unas astas descomunales. Corresponden en el tronco á unos bultos en forma de nerviosidades, que las fijan en el suelo por medio de un fuerte empaste, al cual se adhieren las principales raices que sobre él se descubren algunas veces. La corteza es casi lisa, aunque forma en diferentes puntos algunas agallas ó protuberancias, y está cubierta de una epidermis fina que presenta el reflejo de un bronce de color de rosa violáceo. Inmediatamente sobre el tronco y las ramas mas gruesas crecen otras muy pequeñas, que forman por su disposicion un contraste monstruoso. Parece que estas ramitas, despues de vegetar durante algun tiempo, se secan y caen por sí mismas.

El baobab crece con lentitud, y para que llegue á tal volúmen, los habitantes del país creen necesarios muchos miles de años. El modo con que se forma anuncia, en efecto, un largo período de existencia; los mas pequeños, muy escasos, están llenos en su

interior, ó bien presentan cavidades de poca extension, al paso que los mas voluminosos, ofrecen á la vista grandes vacíos irregulares que podrian formar pequeñas habitaciones. El que contiene actualmente uno de esos antiguos troncos parece ser, el resto de una serie de generaciones que se han sucedido en el mismo individuo, por un crecimiento sucesivo en la superficie exterior, dejando perecer las partes interiores que las han precedido.

El fruto de este árbol es un ovoide de 15 á 20 centímetros de largo, formado por una corteza dura, tomentosa, de un color verde aterciopelado, y contiene pedazos irregulares ó angulosos de pulpa blanca, feculenta, del tamaño de una haba, dentro de la cual hay unos huesos tambien irregulares. Estos pedazos de pulpa están encerrados entre unos tabiques filamentosos al descubierto, que van á parar á la corteza. Este fruto se come, ó por mejor decir, se roen sus huesos feculentos, que tienen un sabor azucarado y ligeramente ácido, y con ellos se hacen tambien limonadas. Las ardillas son muy aficionadas á este manjar.

El baobab no tiene hojas en la estacion precursora de las lluvias, es decir, desde diciembre hasta junio: un poco mas tarde se engalana con largas flores blancas. En la estacion entonces reinante se veia únicamente sus frutos pendientes de las ramas. Sus hojas, de 12 á 15 centímetros de largo, cubrian el suelo, y se parecen mucho á las del castaño de Indias. En polvo ó en cocimiento estas hojas, como tambien la corteza de las ramas tiernas, tienen virtudes nutritivas y atemperantes. Tambien se usan los filamentos que contiene la corteza del tronco para hacer cuerdas, sacos y otros objetos que se trabajan con mucho primor.

El *zeziphus* ó *spina-christi* vegeta en forma de matorral, y lo que este arbusto tiene de mas notable para el viajero que recorre los bosques en que abunda, es su armadura de espinas fuertes y á manera de ganchos, de las que cuesta gran trabajo librarse cuando se clavan, pues cada movimiento irreflexivo que se hace para eximirse de ellas, atrae otras ramas, que se apoderan por todas partes del hombre vestido, y lastiman la piel del desnudo.

El 14 de marzo continuamos recorriendo los hermosos é interminables bosques de Fa-Zoglo, que sin embargo, no son tan bellos como ciertas partes de los que he descrito mas al Norte; pero no debe inferirse de esto que el país en general es menos rico, puesto que precisamente ocurre todo lo contrario. Aquí los senderos están naturalmente establecidos en los puntos en que el bosque ofrece mas facilidad á la circulacion, es decir, en los terrenos secos y pedregosos; al paso que en los negros, blandos y húmedos es donde deben buscarse los ricos bosques de naturaleza exhu-

berante, para compararlos con las partes mas hermosas de los que se encuentran al Norte del Sennar. Los lugares que no ofrecen sino una vegetacion miserable y viciada en este país, son los que es preciso comparar con los bosques menos agradables que se encuentran el Fa-Zoglo, para formarse una idea exacta de los progresos del reino vegetal á proporcion que se adelanta hácia el Sur.

Aquí el terreno empieza á ser un poco mas desigual, y desde Kartum presenta poca variedad y escaso interés. Al salir de dicha poblacion, se encuentra una toba calcárea, esponjosa y quebradiza, mezclada con *detritus* de plantas marinas, que forma estrañas aglomeraciones, semejantes á las raices nudosas. Por medio del microscopio se perciben unos granitos de cuarzo y anfíbol que contienen núcleos arcillosos.

Mas arriba, no lejos de Kannyn, se encuentra un conglomerado de granos de cuarzo adheridos á un calcáreo de toba impregnado de natron, que se calcina para emplearlo en la fabricacion del jabon que se hace en esta ciudad.

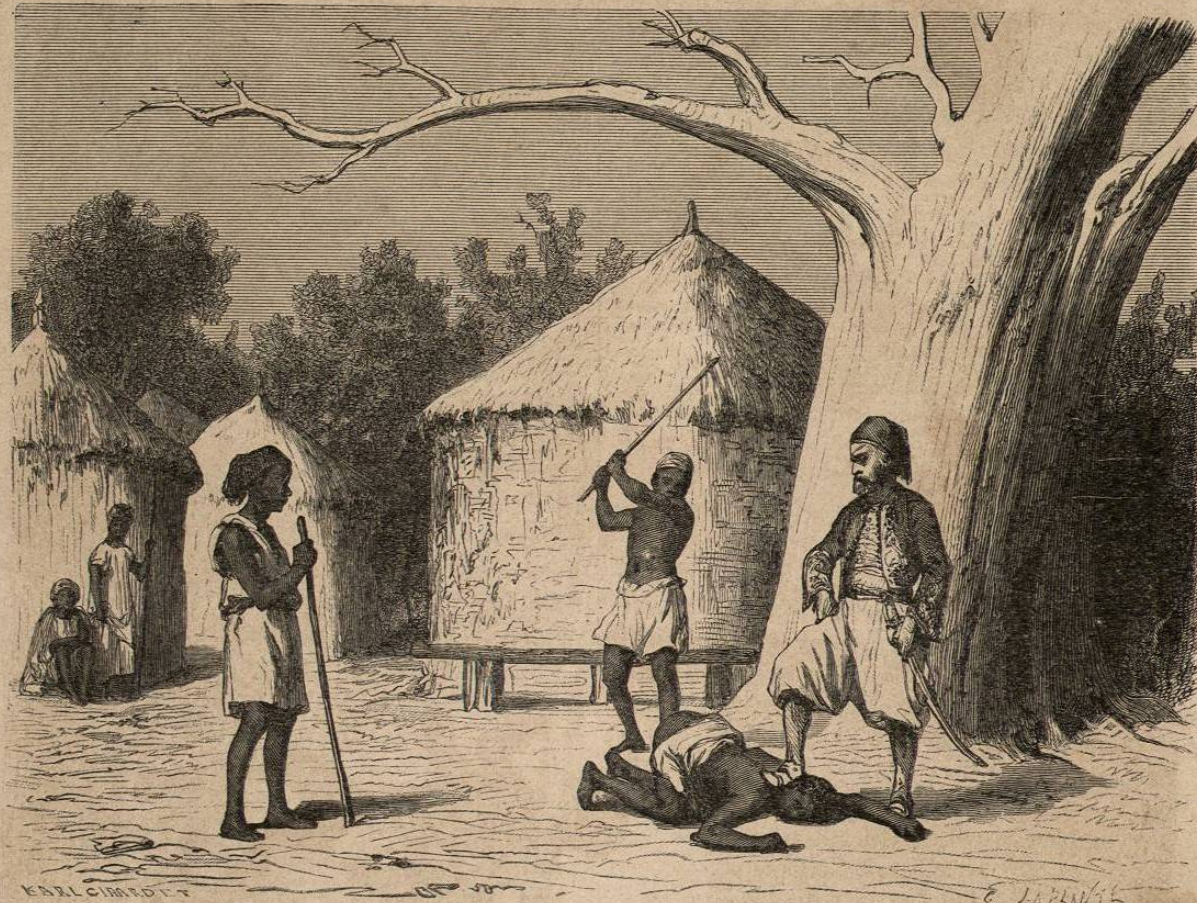
Subiendo mas por el rio Azul, en el Sennar, los derrumbaderos del rio están formados casi todo á lo largo de la corriente, por tobas quebradizas. El suelo cultivable es una arcilla arenosa poco fuerte, aunque fértil. Solo á la altura del Sennar se empieza á ver las primeras montañas aisladas que anuncian las cadenas de rocas primitivas de la Nigricia. Las montañas graníticas y sieníticas de Muil y de Sakadi se descubren al Oeste de Sannar; mas al Sur, las de Gulé, de Buck y de Kokur; luego, al acercarse al rio, las de Kerebin, Akadi, Lengassan, Kilgu y el importante grupo de Taby. Estas montañas, que al parecer debian ser tanto mas estériles cuanto que se ve casi en todas partes la roca al descubierto, están, sin embargo, en gran parte cubiertas de vegetacion, y hasta de hermosos árboles. El tamarindo y el baobab proyectan allí sus poderosos contornos, dominando los demás árboles propios de la comarca, como el *heglyg*, el *nebka*, los gomíferos y otras acacias, etc. Estos vegetales se nutren, al parecer, con las tierras arrastradas en polvo por el viento, y que las lluvias introducen en las grietas de los peñascos donde los árboles fijan sus raices, porque es sabido que la disgregacion del granito y de otras muchas rocas primitivas, bajo la accion de la intemperie ordinaria, es tan débil, que su producto solo es arrastrado á los valles ó las llanuras antes de haber podido acumularse bastante sobre las rocas para fomentar esta vegetacion.

La mayor parte de las mencionadas montañas estaba habitada poco antes por tribus negras; pero desde la dominacion egipcia, todas las que ha sido posible sitiarse y asaltar para reducir á sus moradores á la esclavitud, quedaron despobladas. Desde el prin-

cipio, en 1821, las primeras montañas atacadas, las de Kokur y Akadi, fueron tomadas por traicion, abusando de la buena fe de los negros; las de Buck y Kilgu, y algunas aldeas de la llanura sucumbieron ante la superioridad de las armas de fuego, que, desconocidas por los negros, esparcieron el terror entre ellos; gran parte de los habitantes recurrió á la fuga, y en ciertos puntos se hallaron mujeres que prefirieron dejarse matar á seguir á los turcos. El grupo de los

montes Taby, muy alto y mas poblado, se resistió denodadamente, y á punto estuvo de hacer sufrir un terrible descalabro á los agresores. Hoy estas montañas forman la centinela avanzada de la raza negra, pues los turco-egipcios se han arrojado sobre otros puntos. La mayor parte de estas montañas se descubria en el horizonte al Oeste, desde el camino que seguíamos.

Recorriendo penosamente los apenas trazados sen-



Escenas de esclavitud. el coronel turco.

deros que serpentean por entre los bosques sin fin de Fa-Zoglo, vimos venir hácia nosotros una caravana formada por hombres de á pie y á caballo, ó por mejor decir, por un convoy, porque veíamos brillar bayonetas. Eran, en efecto, algunos ginetes vestidos con el uniforme egipcio, que conducian esclavos. Unos tenían por cabalgadura camellos, otros caballos y jumentos. Los que marchaban á pie llevaban metido el cuello en una especie de horquilla, á la cual estaban además fuertemente atadas sus muñecas, y cuyos ramales ó brazos, que se aproximaban por detrás de la nuca, y solo estaban separados por un pequeño

travesaño, no dejaban sino el espacio necesario para la respiracion. Pero habia mas: una cuerda ataba este garrote á la silla de los ginetes. No era posible resistir la pena que al ánimo causaba el abatimiento que se traslucía en el copioso sudor que bañaba el rostro de aquellos desgraciados cautivos. Otros tenían tan solo metido el cuello del mismo modo entre los brazos de una gruesa horquilla, atada por un largo mango á las sillas de los caballos ó de los camellos. En este sistema, estando la atadura fuera del alcance de las manos del esclavo, se podía prescindir de sujetarle éstas; pero el infeliz se veía sometido á un suplicio



Bosque virgen del Fa-Zoglo.

peor aun que el precedente. Asido como dicho queda, por el cuello, se veia obligado á sufrir todas las saudades causadas por la marcha desigual de los animales, por los golpes que recibia, y por los desniveles del terreno. Los que iban sujetos á los costados de los camellos, tenian que sufrir además el traqueteo que el animal produce al andar, porque la terrible horquilla tiene tal grueso y tal fuerza, que resiste los mas desesperados esfuerzos. Como los ginetes y sus cabalgaduras no se ocupaban de los infelices á quienes arrastraban en pos, y tomaban para sí el espacio mas espedito, resultaba que los pobres cautivos se veian obligados á caminar á ratos al través de las malezas, los matorrales espinosos y todos los obstáculos del camino. Las desolladuras de que iban cubiertos sus cuerpos, patentizaban tristemente la intensidad de sus padecimientos.

Estos desventurados eran habitantes de Kery, que recientemente esclavizados, eran conducidos á Egipto, y tenian, por consiguiente, que andar de esta manera 400 ó 500 leguas antes de que pudiese mitigarse tal rigor. Hasta entonces es necesario dejarles estas trabas noche y dia, por falta de cárceles ó lugares á propósito para encerrarlos con seguridad; y solo cuando se ha puesto entre ellos y su patria toda la estension de los desiertos, se puede disminuir sin temer tan bárbaras precauciones. El dolor arranca á estos desgraciados la promesa de no hacer tentativa alguna de fuga, si se mitiga su cruel situacion; pero se les responde que nada puede hacerse en su favor, y como el lobo al cordero de la fábula, se les dice que si ellos no son culpables, lo fueron sus padres, que intentaron recobrar su libertad.

Asi, una primera iniquidad aborta en seguida otra mayor, y la necesidad de asegurar al cautivo conduce al verdugo á la crueldad. Detrás de este convoy iban algunos djellabs, que conducian principalmente mujeres y niños. Siendo estos mas débiles, las ligaduras lo eran tambien; algunos iban sobre las cargas de los camellos, al paso que otros caminaban y aun llevaban algunos efectos. Pero lo que particularmente affigia el alma era la espresion de amargura y desconsuelo que se pintaba en el semblante de las pobres criaturas, que de cuando en cuando dirigian miradas en que se traslucia su pena, á las montañas natales próximas á desaparecer para siempre á su vista. ¡Ah! ¡Qué tristeza! ¡Cuán desgarradores recuerdos! Solo los niños podian manifestarlos por medio de lágrimas; lágrimas que secaba la amenaza, y no pocas veces la penca del feroz djellab. Por lo que respecta á los demás, no intentemos pintar su dolor: son demasiado frias las palabras para describir situaciones de este género.

Las azuladas montañas que yo iba á visitar tranquilamente, eran para aquellos desgraciados seres el

paraíso terrenal. En la cueva del colosal baobab y de los peñascos primitivos, el niño habia jugado con sus compañeros; habíase mecido en las guirnaldas de lianas y en el follaje de los cactus, que enlazaron el arbustillo con la altiva copa del árbol secular. Allí, bajo las impenetrables bóvedas del odorífero sándalo, de las palmeras, los tamarindos y los laureles, están las misteriosas señales llenas de tiernas memorias; allí está la sombra espesa que ha protegido la choza y el lecho vegetal donde la pobre negra ha mecido á su hijo. ¡Sí! Allí, en aquellas gigantescas montañas, el hombre, despues de haber cogido en el bosque los frutos necesarios al sustento de su familia, iba á disfrutar sobre el erguido peñasco, en la *ruálda*, pequeña azotea sombreada por un euforbio, del reposo y de la frescura, á la vista de los dilatados horizontes y de los pródigos campos de su generosa patria.

Esta dulce patria estaba todavía allí, se la divisaba á lo lejos, pero ya á punto de desaparecer para siempre á los ojos de las desgraciadas criaturas humanas que se retorcian bajo sus atroces ligaduras y bajo la penca de los djellabs. Además, cada uno de aquellos desdichados seres pensaba en su familia, robada como él, en el hijo, en el amante, en el marido, en la madre, perdidos en la matanza, ó trasladados á otros lugares, en dura esclavitud. Y á todos estos tormentos del alma se agregaban los padecimientos físicos de aquel cruel viaje, bajo la horrorosa coyunda. Y finalmente, ¿qué tenian aquellos infelices por toda esperanza, por todo porvenir? Si la mutilacion no es la suerte que les está reservada, si han vencido los sufrimientos y las privaciones de todo género, si la muerte les perdona en el desierto, ¿qué les queda? Algo mucho peor que la muerte: ¡el envilecimiento! Al que quiera hacerse cargo de la verdadera situacion de los miserables seres que pasaban delante de nosotros cómo hemos descrito, no es necesario preguntarle la significacion dolorosa de aquellas tristes miradas que á su espalda dirigian, de aquella mustia inclinacion de la cabeza sobre el pecho, de aquellos suspiros, de aquellos sollozos ahogados por la penca, y en fin, de aquellas facciones profundamente alteradas.

Despues de haber mirado durante largo rato con extraviados ojos aquel mundo de dolores, como una vision imposible, y sin embargo, real y efectiva, los volví, hondamente afectado, hácia mi camino, para arrancarme á aquel lastimoso espectáculo, que todavía se presentaba á mi vista. No obstante, una de las jóvenes que en él figuraban, se me presentó en breve en una situacion aun mas conmovedora.

Nuestra primera marcha del 14 de marzo nos llevó á la vista de Fa-Meka, situada en la orilla derecha del rio, en frente del monte Fa-Zoglo, que se levanta en la opuesta. En este punto hizo construir Mehemet Alí, cerca del rio, dos edificios muy mo-

destos, que calificaba harto pomposamente, cuando en 1841 respondió el enviado francés, á propósito de sus disensiones con la Puerta: «Lo que he conquistado con las armas, con las armas lo perderé; he hecho construir palacios en mis posesiones de Fa-Zoglo, á los que me retiraria en caso necesario.»

Cuando en estas regiones se habla de palacios, no hay que traer á la memoria ni el Louvre de París, ni el alcázar de Sevilla, pues el mas hermoso de ellos se compone de una pared rectangular de la altura de un cuarto bajo, que contiene cinco piezas mal cubiertas y pavimentadas con tierra batida; la fachada tiene cuatro ventanas y una puerta. La naturaleza hace los gastos de la principal decoracion, que consiste en manojos de yerbas esparcidas en lo alto de las paredes. El segundo palacio es aun menos importante que el primero, solo que se ha construido un aposento sobre el cuarto bajo, y en él estaba reducido á ruinas cuando lo vi.

La situacion de estas construcciones está bien elegida sobre un terraplen de la montañuela de Fa-Meka, rodeada en gran parte por el rio Azul. En este lugar hay unos cuarteles hechos de faginas y techados de paja para las tropas egipcias, y una aldea que parece como todas las demás, una aglomeracion de colmenas de paja, diseminadas entre grandes baobabs que dominan el conjunto. Entre el monte Fa-Zoglo y la montañuela de Fa-Meka, las orillas del rio están cortadas á pico en un peñasco de pizarra arcillosa, y el Nilo presenta, segun se dice, rápidas ó cataratas al salir de dichas montañas.

En la orilla izquierda alzanse magestuosamente las cumbres y las pintorescas crestas del monte Fa-Zoglo, primera montaña de alguna importancia que se encuentra al subir la corriente del rio Azul, y aun desde el Egipto y la Nubia, donde apenas se ve otra cosa que montecillos en las inmediaciones del Nilo; de ella ha recibido su nombre la provincia que la rodea. Segun Bruce, que creyó debia asimilar los Nubas del Tekelé á los del Hamatché, lo mismo que reunia sus montañas en una misma cordillera, algunos geógrafos han hecho de Fa-Zoglo una cadena que se estiende hácia el Oeste; y Ritter, una de las mesetas africanas de su geografia sistemática. Esta clasificacion de Africa en mesetas sucesivas, forma una imagen fácil de comprender, pero dista mucho de la verdad. Asi, el monte Fa-Zoglo, aunque aislado, forma la cabeza de la cadena del Hamatché, que se estiende á la larga distancia hácia el Sur, á lo largo de la inmensa llanura del rio Blanco, cuyo límite oriental determina.

Djellab en busca de una esclava fugitiva.—Abandono, evasión, pesquisas.—Paso por el rio Azul; catarata.—Auxilio inesperado.—Las huellas en el suelo.—La fugitiva descubierta, atada y amordazada.—Desesperacion maternal.—Las voces del bosque.—Nuevo país.—El Sudan egipcio.

Al salir de Fa-Meka, subimos el Nilo Azul hasta un vado que se encuentra á unos 6 kilómetros mas arriba, y por allí pasó nuestra caravana. Mientras esta operacion se verificaba, aligerando los camellos de una parte de su cargamento, uno de los djellabs á quienes habíamos encontrado aquel dia, se acercó á nosotros, disponiéndose á pasar el rio en nuestra compañía. Preguntámosle la causa de su inesperado regreso, y temió hablar; no obstante, como deseaba por muchas razones atravesar el rio al mismo tiempo que nosotros (la principal era, segun creo, no hacer llegar la alarma al objeto de su persecucion), decidióse á depositar su confianza en el pequeño grupo de personas entre quienes me hallaba, y hé aquí lo que nos dijo.

Entre las esclavas recién robadas en las montañas vecinas, habia una *cedaci*, esto es, una muchacha bastante jóven, con su madre, *balek*, de edad avanzada, y además estropeada á consecuencia de las heridas que habia recibido al defender su familia contra los soldados egipcios, que habian atacado y reducido á la esclavitud á los habitantes de su pueblo. El djellab solo habia accedido á llevar consigo la pobre anciana, para que la pesadumbre no perjudicase la parte física de la hija, mercancía de gran valor. Pero la desgraciada madre vió pronto agravadas sus heridas y sus dolores hasta el punto de no poder proseguir su marcha, siendo preciso ponerla sobre un camello: pesada é inútil carga que para nada entraba en los cálculos del djellab, que al fin resolvió abandonarla á la primera coyuntura favorable.

El paso del rio le pareció oportuno al efecto. Como los camellos no debian ir demasiado cargados, se les disminuyó el cargamento, formando la muchacha parte de las primeras cargas; y, como ya adivinará el lector, la madre no llegó á la otra orilla.

Cuando la jóven esclava vió que el convoy se ponía en camino sin su madre, se abandonó á la desesperacion, y se negó á pasar adelante; pero era preciso concluir una vez por todas, y á pesar de su ciega resistencia, se la arrojó sobre un camello. ¡Un aumento tan pequeño á aquella mole de desgracias é infortunios humanos, era tan poca cosa para los djellabs! La marcha continuó como si nada hubiera ocurrido. Esta escena habia pasado en el convoy que habíamos encontrado aquella misma mañana.

Poco despues de este encuentro los djellabs advirtieron que habia desaparecido una *cedaci*, la jóven de quien se trata. Tomando informes de sus compañeras de desventura, supieron que el trastorno y la distra-